

## Bibliografía

- Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Barcelona: Paidós.
- Luhmann, N. (1993). *Teoría política del Estado de bienestar*. Madrid: Alianza Universidad.

Edward Snowden, *Vigilancia permanente*, Madrid, Editorial Planeta, 2019, 445 pp.

Daniela Apaseo Alaniz\*

Estados Unidos, Australia, Canadá, Nueva Zelanda y Reino Unido han sido denominados “Los 5 ojos del mundo”, ya que a través de sus servicios de inteligencia han implementado una vigilancia masiva en contra de sus ciudadanos, lo cual es una clara afrenta a la privacidad, una privacidad que se encuentra protegida legalmente en todos los países miembros de los cinco ojos. A pesar de esa invasión, ¿por qué estos países han implementado este medio de control? La respuesta a esa pregunta tiene su origen en uno de los sucesos más importantes del siglo XXI hasta ahora: el atentado a las torres gemelas del 11 de septiembre de 2001.

El *IIS* puso en evidencia el fracaso de los servicios estadounidenses de inteligencia, por lo cual en aras de resarcir su error, Estados Unidos comenzó a invertir de manera salvaje en el blindaje de sus estructuras gubernamentales, aun a costa de la libertad y la seguridad digital de las personas. Una reacción sin precedentes cimentada en el pánico colectivo ante un enemigo común: el terrorismo. En ese contexto, tecnólogos, militares y legisladores actuaron en conjunto para generar un modelo ilegal de almacenamiento de datos y metadatos. Modelo que fue ex-

---

\* Maestra en Ciencias Jurídicas por la Facultad de Derecho de la UAQ. Es operadora de sala en el Poder Judicial del estado de Guanajuato. Correo electrónico: dapaseo@gmail.com

puesto en 2013 por Edward Snowden, un tecnólogo de la CIA —quien por cierto contribuyó a generar los programas de espionaje más sofisticados del mundo.

Aunque el año de la revelación haya quedado atrás, la protección de la privacidad personal no deja de ser una preocupación vigente en nuestros días, porque no es posible negar lo evidente: la tecnología avanza. Muchísimas decisiones adoptadas por los tecnólogos en la comunidad académica, la industria, el ejército y el gobierno desde al menos la Revolución industrial se tomaron basándose en el “¿Podemos?”, no en el “¿Debemos?” (p. 251). Esto refleja la poca importancia que tiene la aplicación del avance de la ciencia, siempre y cuando avance. Por lo tanto, si en 2013 existían XKEYSCORE y PRISM, ¿por qué no habrían de avanzar los programas dedicados al espionaje? Es decir, la ciencia se caracteriza por una cosa: conseguir lo que no se ha hecho y plantear nuevas posibilidades con independencia de saber del uso de las herramientas que de ello deriven, sobre todo en materia de tecnología —como ejemplo, la bomba atómica en la Segunda Guerra Mundial, o el agente naranja en la Guerra de Vietnam.

En ese sentido, la pregunta que da vida a *Vigilancia permanente* es: ¿a quién pertenecen los datos y metadatos que se generan durante las comunicaciones en una era digital?, ¿qué finalidad se le está dando a ese acceso indiscriminado?

Internet en el sentido coloquial de la expresión es un término con el que estamos muy familiarizados —más ahora, tras dos años de contingencia sanitaria en donde nuestra interacción con los demás se hace a través de plataformas digitales—, y aunque es una herramienta de gran utilidad, también es vulnerable a los vicios humanos. Hace unos años se podía navegar por internet sin que saltase una serie de anuncios basados en tu historial de preferencias. Sin embargo, ahora ya no es posible pasearse en la red sin que alguien en algún lugar del planeta tenga la posibilidad de intervenir en tus comunicaciones —solo basta el programa adecuado.

La respuesta que da Snowden es que con independencia del titular legítimo de los datos y metadatos, estos son accesibles para el gobierno de Estados Unidos, por medio de una serie de programas de intrusión y almacenamiento. Cualquier dispositivo conectado a internet es objeto

de una recopilación indiscriminada y otros términos vagos con los que se disfraza el verdadero potencial lesivo del robo de información.

A pesar de que las revelaciones de Snowden en 2013 acarrearán la creación de instituciones y leyes que regulan el uso de datos y metadatos, la amenaza continúa. Porque nada garantiza que los lugares donde se almacenó nuestra información de manera ilegal durante años hayan sido efectivamente desmantelados. Tampoco hay garantía de que el desarrollo de los programas de espionaje se detuvo, pues ha quedado claro que a pesar de los airados discursos del poder, rara vez estos tienen incidencia en los planes de acción implementados. ¿Podremos estar seguros alguna vez que nuestro historial desaparecerá? La respuesta es no. “La eliminación de datos y documentos no es más que una treta, una fantasía, una ficción pública, una mentira no tan piadosa que nos cuenta la informática para tranquilizarnos y darnos consuelo. Aunque el archivo eliminado desaparezca de la vista, raras veces deja de estar ahí” (p. 356), aunque la recuperación de los archivos tiene su dificultad técnica.

De Assange y Snowden hasta Zuckerberg, la reflexión que se nos plantea es acerca del adjetivo que atribuimos a la tecnología y el riesgo de caer en los excesos, pues quien le atribuye a la tecnología toda bondad y se la representa mentalmente como el máximo exponente del progreso, el lujo y la comodidad, con mucha probabilidad soslayará la dimensión de sus efectos secundarios. Inmerso en esa seducción, se llega a un punto de “tecnolatría” acrítica donde se minusvalora el riesgo de la exposición de datos personales porque “yo no tengo nada que esconder”. Y no, quizá pensemos que no tenemos nada que esconder, pero es porque quizá no alcanzamos a dimensionar el riesgo de la vigilancia permanente.

Cuando la vigilancia hacia una persona es minuciosa y exhaustiva, habrá algo que quizá no se enmarque en los hábitos de un ciudadano perfecto o ejemplar. Pensemos en todos aquellos detalles que podrían convertirse en “detalles de interés” para el gobierno, que plagan el día a día, pero que no tendrían por qué suscitar mayor escrutinio, ya que forman parte de la vida personal: las preferencias sexuales, la música que nos gusta, las páginas de internet que se visitan, los programas televisivos frecuentes, las descargas o distribución de algún archivo de manera ilegal, o bien, recibimos algún pago que no declaramos por

mínimo que fuera. En la época de la cancelación cualquier cosa sirve. Esta vigilancia salvaje, puede llevar a que la justicia extrema termine siendo injusticia extrema: “[...] En palabras llanas, un mundo en el que se aplicasen siempre todas las leyes serían un mundo en el que habría que considerar delincuente a todo el mundo” (pp. 268-269).

Dice el autor, “Ahora, en caso de que efectivamente seas un ciudadano ejemplar, no importa, porque lo único que tiene que hacer un gobierno es seleccionar a una persona o un grupo de personas como cabezas de turco y buscar pruebas de un delito adecuado” (p. 254); es decir, utilizar el material almacenado para tergiversarlo y lograr una imagen pública distorsionada de uno mismo que sea muy difícil de desmentir. Ante todo ese entramado institucional, un “no tengo nada que esconder” no es suficiente.

A propósito de la tergiversación de la información, cobra relevancia otro de los puntos de inflexión en la obra de Snowden: la distancia entre el contenido plasmado en la versión pública de un documento gubernamental y la versión clasificada. Cuántas veces hemos querido obtener información gubernamental, y nos topamos con “la información que solicita se encuentra clasificada como reservada en términos del artículo 110 de la LFTAIP”, porque aun cuando la información que se oculta evidencia la violación de derechos humanos, se da predominancia a la seguridad nacional o a la perpetuación de un poder hegemónico.

Esto supone detenerse a pensar sobre lo bien o mal informados que estamos de las circunstancias que nos rodean. Y ya ni siquiera es necesario que cuestionemos la aplicación del presupuesto federal, sino algo que es más cercano a la cotidianidad: las redes sociales y las malas prácticas asociadas a ellas que son permitidas por los gobiernos a través de legislaciones y prácticas institucionales engañosas.

En opinión popular sobre estos medios, la creencia es que en la época del internet “las cosas ya no se pueden ocultar”; sin embargo, a pesar de los discursos que emiten las empresas sobre la privacidad y la libertad de expresión, la realidad es distinta. Prueba de ello es la multa impuesta a Facebook en el 2019 por vender datos personales de los usuarios a *Cambridge Analytica*. Seis años después de las revelaciones de Snowden, los cambios, a propósito de la seguridad digital, no han alcanzado un nivel satisfactorio. Ello tiene relación con los beneficios

ya no sólo en cuestiones de seguridad nacional, sino económicos que reporta el control de los medios de comunicación masivos. Cabe mencionar que las plataformas de comunicación masiva tienen los valores de mercado más altos del mundo, porque se sirven de materia prima abundante y gratuita: datos y metadatos generados por usuarios ingenuos.

Por ello, es fundamental que con la finalidad de perpetuar el flujo de beneficios económicos, la libertad de expresión sobre ciertos temas se vea comprometida. Basta buscar la relación entre esto y la encarnizada lucha en contra de periodistas y defensores de los derechos humanos. El relato de Snowden sobre la búsqueda de aliados mediáticos es solo una prueba. En México, esto se contextualiza a través de las cifras anuales que emite la Comisión Nacional de Derechos Humanos sobre los periodistas y defensores de los derechos humanos asesinados en el país.

Un caso más lo ha expresado Julian Assange, quien lleva ya diez años apartado de su lugar de residencia, perseguido por la potencia mundial que representa el mayor exponente del poder hegemónico.

En un principio, la vigilancia gubernamental puede parecer inofensiva, incluso buena. Una vida con mayor control, orden y cumplimiento de las normas, ¿a quién le podría parecer mala una vida que garantice todo lo anterior? Claro, es que no se ha considerado la posibilidad de un asedio masivo patrocinado por las estructuras gubernamentales con capacidad de anular cualquier tipo de resistencia, y cualquier tipo de libertad.

La libertad es uno de los mayores motores literarios de la historia, porque es uno de los ejes centrales de la vida humana. Desde un Quijote presa de sus delirios hasta una Lisbeth Salander presa de su pasado. El tipo de libertad que para algunos es importante, para otros es banal. Para Snowden, la libertad cibernética es lo que mueve el mundo y aunque la época actual está intrínsecamente conectada a internet (todo se publica en redes sociales, por la motivación de seguir vigentes), aun hay formas de ser libres fuera de ese sistema. La pregunta que subyace es: ¿quién es lo suficientemente valiente para eliminar su cuenta de Facebook y apagar su conexión de Wifi? Hoy los cifrados ofrecen un avance en la ciberseguridad, pero con todo, no hay garantías.

Quizá Snowden sea demasiado alarmista, quizá no necesitamos tanta seguridad, porque para empezar, ¿son nuestras vidas tan interesantes

como para ser dignas de espionaje? Por otro lado, tal vez el verdadero error sea tomar a la ligera las advertencias por considerarlas lejanas a nuestra realidad o como parte de una conspiración.

La libertad plagada de incomodidades y disfrazada de tecnicismos parece no ser un buen puerto, pero todas las conquistas que han valido la pena siempre conllevan sacrificios. Tal vez no se pueda vivir sin internet, pero el testimonio de Snowden da pauta para pensar en nuevas posibilidades que generen un equilibrio entre las fuerzas. Una ciberseguridad efectiva al alcance de todos.

VV.AA. (2021). ***Cuando despertamos, el virus todavía seguía ahí: Antología de textos en cuarentena***, Querétaro, Freire Ediciones, 122 pp.

*Tania Balderas Chacón\**

Lo primero que me gustaría destacar es que la antología se compone de tres secciones muy diferentes: Narrativa, Poesía y Ensayo; orden en el que procedí para adentrarme en estas propuestas de cuarentena.

En la sección de Narrativa, los lectores hallarán 6 propuestas distintas donde caben nuestros nuevos hábitos de bioseguridad, la pérdida del sentido temporal de los días en el encierro, la delincuencia que no descansa en tiempos de pandemia y la depresión; pero, al mismo tiempo, es una sección donde caben los juegos con las palabras, un misterio paranormal vía whatsapp, las íntimas reflexiones de un padre de familia poco privilegiado y un amor a prueba de tiempo y planos dimensionales; sin olvidar esas pepitas de oro que mi lectora de poesía siempre agradece como la frase “pacífico apocalipsis” para enmarcar esos extraños días de aparente calma donde todos teníamos que estar en casa; o, un “antojo carbonatado” para referirse a un refresco; o, la “compañía de voz” a la

---

\* Maestra en Literatura Mexicana por la Universidad Veracruzana, México. Profesora en el Colegio Helen Parkhurst. Correo electrónico: [lectura.helen@gmail.com](mailto:lectura.helen@gmail.com)